

SENTIDO MATERNAL DE JESÚS.

EL MILAGRO DE LOS PANES Y DE LOS PECES

Jn 6,1-15

17º Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo B)

Querido amigo: En este encuentro vamos a disfrutar juntos siendo testigos del amor de Jesús hecho detalles en la escena tan extraordinaria de la multiplicación de los panes y de los peces. Escuchamos este sublime milagro, que lo narra Juan en el capítulo 6, versículo 1 al 15. Lo escuchamos:

Después de esto se retiró Jesús al otro lado del mar de Galilea o de Tiberíades. Le seguía un gran gentío porque veían los milagros que hacía con los enfermos. Subió Jesús a un monte y se sentó allí con sus discípulos. Estaba cercana la Pascua, la fiesta de los judíos. Levantando Jesús los ojos y viendo venir hacia Él una gran muchedumbre, dijo a Felipe: “¿Dónde compraremos panes para que coman éstos?”. Lo decía para probarle, pues Él sabía lo que iba a hacer. Felipe le respondió: “Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco”. Le dice uno de los discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: “Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces, pero ¿qué es esto para tantos?”. Jesús dijo: “Haced sentar a la gente”. Había mucha hierba en el lugar. Se acomodaron pues los hombres, como unos cinco mil. Tomó entonces Jesús los panes, y después de dar gracias, los distribuyó entre los que estaban sentados e igualmente les dio de los peces cuanto quisieron. Cuando se saciaron, dijo a sus discípulos: “Recoged los trozos que han sobrado para que nada se pierda”. Los recogieron y con los trozos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido, llenaron doce cestos. Al ver aquellos hombres la señal que Jesús había realizado, decían: “Éste es ciertamente el profeta que había de venir al mundo”. Pero Jesús, dándose cuenta de que iban a venir para llevárselo y proclamarle Rey, se retiró de nuevo al monte Él solo.

Después de oír esta narración, tú y yo nos vamos allí a esa escena tan preciosa y tan sublime y vamos a ser testigos de todo lo que pasó. Juntos vamos a disfrutar de este Jesús bueno, misericordioso, compasivo y con gran sentido maternal que alimenta a toda esta multitud y nos alimenta con su palabra y con su pan.

Jesús había querido descansar con sus discípulos, quería retirarse. Los discípulos van con Él, pero les sigue una gran multitud y no tienen tiempo ni para descansar. Cuando desembarcan en el lago de Tiberíades, ven una gran multitud. Y dice el texto que Jesús, subiéndose a una montaña, a una colina pequeña, se dio cuenta, levantó los ojos y vio la cantidad de gente que había y sintió lástima y compasión. Pero ocurre ahora la preparación del gran milagro de amor de Jesús; un Jesús que me llama la atención por ese sentido tan maternal, tan humano, tan compasivo, y poniéndose en la piel del otro. Se pone a hablarles y comprende que ya

declina el día, se hace tarde, y sus discípulos llegan y le dicen: “Mira que este lugar es desierto, que la hora ya es muy avanzada, despídelos, que se vayan a sus casas y a sus aldeas”. A Jesús le duele esta reacción de los discípulos. Ellos no pueden hacer otra cosa, pero Él sí, y les responde: “No, no tienen necesidad de irse, dadles vosotros de comer”.

Estamos entre la multitud y vemos todo lo que ocurre en estos momentos. Nos extraña que Jesús diga eso, si no hay nada para comer ahí. “¿Dónde vamos —dicen los discípulos— a comprar doscientos denarios de pan? ¿Dónde, si estamos en despoblado?”. Pero Jesús quiere probarnos, y prueba a los discípulos, y prueba a Felipe, y me prueba a mí, y le dice a Felipe: “¿Dónde compraremos pan para que coman éstos?”. Felipe se extraña: “Pero si no sabemos dónde podemos comprar todo esto...”. Y después ve el hermano de Pedro que hay un muchacho allí, un niño que tiene cinco panes de cebada y dos peces.

Comienza la escena más importante. Querido amigo, no te lo pierdas, vamos a estar muy atentos a todo lo que pasa. Jesús dice a toda esta gente, a esta multitud y a los discípulos: “Haced que los hombres se sienten por grupos”. En esta tierra despoblada habría hierba y allí se juntaron en grupos. Jesús, que ve la pobreza de los discípulos, la pobreza de Felipe, la pobreza de Andrés, y sólo tiene esos cinco panes de cebada y esos dos peces, ve que es el momento de alimentarles en la fe, de decirles que no se hundan y que Él está pendiente de todo, que no se puede tratar a la gente así, que no se puede ver una necesidad y pasar de largo y no atender y no saciar y no cubrir esa necesidad.

La reacción de Jesús es sumamente íntima: Jesús se concentra, toma esos panes de este niño y los peces, mira a su Padre, mira al Cielo, los bendice con ese gesto que se hacía para bendecir el pan y para hacernos ver que lo que nos va a dar es pan de Él, pan bendito. Y dando gracias, dio con toda autoridad a los discípulos la orden de que se sentaran y que repartieran los panes. Él partía y partía y toda la gente se sació, todo el mundo comió. Dice el texto claramente: “se hartaron”. Este milagro es contado por sus discípulos y narrado por los evangelistas como algo extraordinario que les llamó muchísimo la atención.

Tú y yo, que estamos ahí presentes, vemos a este Jesús bueno y nos vamos a su corazón, como siempre. Y vemos que se conmueve de esta multitud y que tiene compasión; y que es como una madre, no han comido. Como nuestras madres cuando llegamos tarde, cuando tenemos hambre: “Toma hijo”, y prepara y prepara y prepara... Jesús es así. ¡Cómo nos recuerda el calor de la madre este calor de Jesús! Y el texto lo amplía y lo escenifica diciendo: “Comieron cinco mil hombres hasta saciarse”, y cuenta “entre mujeres y niños” —lo detalla todo hasta el máximo—. Pero que de pronto comen tanto y tanto —hasta que se hartaron—, ven todo este milagro y empiezan: “¿Es un profeta? ¿Éste es el profeta que debe venir al mundo?”. A Jesús no le gusta todo esto, ve que no es su momento de glorificación, es una cosa que tenía que hacer —como Él es amor y más amor— y entendiéndolo que le querían hacer Rey y llevarle a Jerusalén, rápidamente cuando se dio cuenta y hubo despedido a todos, dice el texto una frase preciosa: “Huyó al monte solo a orar”. Y allí estaba solo.

¡Qué escena tan sublime! ¡Cuánto encierra cada acto! Yo soy también esa multitud hambrienta que a veces necesito que Jesús me dé pan. Y sé que está ahí y sé que me sacia y sé que me llena, pero a veces me pasa lo que a Felipe: “¿De dónde?, ¿cómo? —esas preguntas—, ¿cómo voy a ir, si no hay nada?”. Pero Jesús se aprovecha de todo, de todas las circunstancias para enseñarnos, para enseñarte a ti y a mí: primero acudir a Él para que nos dé ese pan que necesitamos. Descansar escuchándole, sentados ahí, con calma, en el encuentro. Jesús agradece todo: cuando vio la acogida de estos hombres, cuando vio cómo le escuchaban, se compadeció de ellos y no quiso que se fueran. Así es Jesús.

Yo me pregunto también si corro yo también en busca de Jesús, si le busco en una orilla, en otra orilla, si yo voy a por Él cada día, en el trabajo, en cada momento, si aprovecho esos medios tan ricos que me da, como es la Palabra, la Eucaristía, los encuentros, los momentos fuertes litúrgicos, tantas cosas... Y corro a por ti para llenarme de tu pan, que aunque no haya nada, aunque no tenga nada, Tú me vas a hartar. Cómo se repite esa frase en su corazón: los veía como ovejas ahí, sin pastor, tristes, de cualquier manera. ¡Cómo, cómo los veía con una necesidad grande!

Es un momento para preguntarnos esa actitud de esta gente: ¿yo también la tengo esta actitud acogedora? Y qué suerte la de este muchacho que fue generoso y lo poco que tenía lo dio. ¿Soy yo así de generosa? Como este muchacho, que pone todo, no se lo guarda para él; era lo único que él llevaba para comérselo, pero lo pone en los demás. Cuando se comparte lo que se tiene, viene el milagro. Cuando se entrega uno a Él y a los demás, viene el milagro. Y el milagro no es así de portentoso y de extraordinario como éste de Jesús. Son pequeños signos, pequeñas señales que Él nos va dando, pero que necesitamos darnos cuenta de que nos está alimentando, de que nos está llenando de Él.

Jesús pone solución a todos nuestros problemas. Jesús soluciona todo lo que nos pasa, pero necesitamos buscarle. Sí, sí, querido amigo: hay que correr como la multitud, y hay que entregarse como este chico. Y aunque dudemos y no tengamos nada, como el pobre Felipe, y Andrés que busca y busca, y los discípulos... aunque no tengamos nada, sabemos que Él nos sacia, porque Él es un regalo para cada uno de nosotros. Nos restituye, nos llena de vida, nos destina hacia Él. Y vemos mucho más este milagro en la Eucaristía: Él comparte su vida, su pan, su cuerpo... Y se me graba mucho la palabra “compartir”. Este encuentro también me lleva a pensar mucho cómo comparto yo, qué hago de mi vida, cómo me muevo, qué forma de actuar tengo.

Como ves, querido amigo, es para estar ahí disfrutando de este momento, de aquella tarde, ya tarde, que va anocheciendo, pero que Jesús sacia de todo, nos llena de todo, nos va a alimentar. Y cuando estemos así, en esa hambre, no pensemos qué hacer, no. Vamos a acudir a Él y no vamos a ser calculadores como Felipe, que el pobre no aporta mucho. Vamos a pensar un poco en Andrés, que busca a este muchacho. Y no vamos a ser como los discípulos, que la única solución era despedirlos así. Queremos dar todo lo que tenemos y ver los milagros de nuestra vida, ver la multiplicación que hay en nuestra vida, ver todos los imposibles, cómo Jesús a través de signos, de pequeñas cosas, de pequeños detalles, nos aporta la solución de todos los problemas.

Pero cuando nos ponemos en funcionamiento y vamos y nos dirigimos hacia Él y colocamos nuestras necesidades sobre su corazón, entonces surge el milagro; milagros cotidianos, que parece que no tienen fruto, que no son nada, pero que tienen la esencia del autor del milagro que es Jesús. ¡Cuántas veces nos ocurre esto! También queremos ser propiedad de todo lo nuestro. Exigirnos el compartir. Y luego viene el momento en que nos damos cuenta de todo lo que nos ocurre. Queremos darle gracias... y alabamos... pero tenemos que actuar después como Él: retirarnos a la soledad. “Se retiró solo” —dice el texto—, “se retiró otra vez a la montaña Él solo a orar”. Después de cualquier detallito, de cuando nos vemos saciadas, cuando nos vemos llenos de todo lo de Él... al silencio, a darle gracias, a orar, a hablar con Él. Y no esperar cosas grandes; el milagro lo tenemos cada día, cada hora y cada momento. Tenemos que pedirle a Él mucha fuerza: Jesús, gracias por saciarnos, gracias por darnos tu vida, gracias por darnos tu pan. Tú eres el pan de la vida, Tú eres mi camino, Tú eres mi verdad, Tú eres mi fuerza, Tú eres el todo de mi vida.

Que en este encuentro, tú y yo... se nos queden todas las actitudes que hemos visto: un Jesús maternal, amoroso, compasivo, de una ternura tremenda, un Jesús que está deseando alimentarnos, la actitud nuestra de correr, de pedirle, de ponernos delante de Él a escucharle. Y Él nos saciará de todo, del pan de la vida y del pan verdadero. Danos siempre de este pan. Él sacia nuestra hambre. Y ocurrirán muchos milagros en nuestra vida y será fortaleza de nuestras debilidades.

Vamos a pedirle a Él que seamos conscientes de todo lo que está haciendo en nuestra vida, que saboreemos el pan que nos da, que disfrutemos de su amor, que no seamos egoístas, que pensemos en tanta gente que pasa hambre y que nadie le echa una mano y que nadie cubre sus necesidades. Que esté pendiente de todos y que pueda decir: “se saciaron y llenaron doce canastas con todo lo que sobró” —la sobreabundancia del amor—. Esto es así. La fracción del pan. Él me alimenta, Él siempre está presente en mi vida, está presente en mi forma de trabajo, en mi forma de pensar. Y quiere repetir ese milagro. Dejémosle que nos alimente y que nos llene de su vida, pero pidámosle fuerza para correr, como esta multitud, que ni vieron horas ni momento. Le buscaban; quizá le buscaban por los milagros que había hecho. Así de pobres: seremos a veces Felipe, Andrés... Pero también queremos ser como este chiquito, este muchacho: este muchacho que entregó todo lo que tenía.

Jesús, al terminar este encuentro, vuelvo otra vez —como una música repetitiva, como un vídeo, otra vez, lento, muy lento— vuelvo a retomar la escena... a pararme... a pensar... a ver... a oír... a sentir... y a saborear lo que Tú eres para mí: mi Pan de vida y mi Luz en el camino y mi Fuerza de existir. Que seas siempre mi pan. Danos siempre tu pan para que tengamos fuerza para vivir, alegría e ilusión para transmitir la esperanza y el amor que eres Tú, Señor. Me quedo ahí, junto a ti, pensando y pensando lo grande que eres y lo extraordinario que es este milagro de los panes y los peces. Que así sea, Señor.

Francisca Sierra Gómez